¿Las mujeres están en la historia?*

María-Milagros Rivera Garretas

La historia es una materia extraordinariamente plástica. Como la memoria humana —de la que es una pequeña muestra—, la historia discierne lo memorable, escoge lo que quedará en el recuerdo común. Escoge para que el presente no se quede huérfano, ya que es un privilegio de la criatura humana el tener antepasadas y antepasados.

Al escoger lo memorable, aporta al presente el vocabulario de lo político.[1] Por ejemplo, en el siglo XX, la revista *Annales* de París, fundada en 1929 con el título *Annales d'Histoire Économique et Sociale*, donó a la política la palabra *social*.[2] Lo hizo porque tuvo el talento de percatarse de la importancia de significar en el tiempo el acontecimiento histórico extraordinario que fue la revolución social de octubre de 1917. El éxito del don fue tan grande que el lenguaje del siglo XX le añadió el adjetivo *social* a casi todo: a la historia, en primer lugar, pero también a la justicia, a las relaciones, a la construcción, al orden, al Estado, a la psicología, al poder...; incluso a la vida. Sin que las reticencias de una parte de la izquierda de hoy hacia los ideales de la revolución rusa hayan empañado el éxito de ese don.

La llamada *École des Annales* no introdujo en la historia la palabra *social*; a Jean-Jacques Rousseau lo hizo famoso el "contrato social", por ejemplo, y Karl Marx inventó la "producción social de la vida";[3] pero fue la *École des Annales* la que declaró provocadoramente que toda historia es social, que la historia "es, por definición, absolutamente social".[4] De esta manera, a lo largo del siglo XX, lo social se fue desparramando en las interpretaciones de la vida, hasta pretender convertirse en sinónimo de lo humano. Las mujeres estamos en la historia humana; no estamos, o estamos inadecuadamente, en la historia social. Cuando se cree que toda historia es social, las mujeres salimos en ella desvirtuadas, unas veces porque se escribe historia de lo que no pudimos hacer —lo cual no es historia sino ficción—; otras, porque lo que hacemos no encaja en el campo que significa bien la palabra *social*.

La historia social necesita contenerse, dejar de desbordarse, para que aflore la historia humana. No porque lo social y lo humano formen una antinomia, sino porque la violencia de lo social ha herido y acallado la raíz de lo humano: raíz que es la relación sin más, la relación por el gusto de estar en relación. Una práctica, la práctica de la relación, que Lia Cigarini considera el hallazgo más original del movimiento político de las mujeres de la segunda mitad del siglo XX.[5]

De la tendencia de la historia social a acaparar toda la historia humana da testimonio Lucien Febvre, uno de los fundadores de la revista *Annales*. Cuenta en una de sus obras más famosas que eligió una palabra tan vaga como *social* para titular su revista porque "no pretendía rodearse de murallas sino hacer irradiar sobre todos los jardines del vecindario, ampliamente, libremente, indiscretamente incluso, un espíritu, su espíritu".[6]

Del desparramamiento de lo social se han librado, sin embargo, muchos ámbitos de lo que históricamente se ha entendido como más de mujeres que de hombres. Un ejemplo significativo es la belleza que, a pesar de la importancia que tiene en la industria y en los medios de comunicación contemporáneos, no se ha dejado ni calificar de *social* ni reducir a una relación social.

No se ha dejado porque la belleza es una relación sin más: es la relación que pasa —cuando pasa— entre creador y criatura o, mejor, entre creadora y criatura. Un Padre de la Iglesia por lo demás misógino, Tertuliano, lo percibió con cierto rencor en el siglo II: "Los ángeles rebeldes —escribió en *De cultu feminarum*—

---

* Artículo publicado con el título "Come in un romanzo storico", en: Annarosa Buttarelli, Luisa Muraro y Liliana Rampello, editoras, *Duemilaeuna. Donne che cambiano l'Italia*, Milán, Pratiche Editrice, 2000, pp. 279-283.



que recordaban el lugar del que habían caído, considerando que ese mismo bien de la belleza natural de las mujeres había sido la causa de su desgracia, se lo pagaron haciendo que su felicidad no les fuera provechosa sino que, separándose de la simplicidad y de la sinceridad, ellas acabaran ofendiendo a Dios como ellos".[7] En nuestro tiempo, la filósofa María Zambrano ha entendido que la belleza crea un vacío que es su aureola y que invita a la criatura humana a salir de sí, a relacionarse: "Y en el umbral mismo del vacío que crea la belleza —ha escrito—, el ser terrestre, corporal y existente, se rinde; rinde su pretensión de ser por separado y aún la de ser él, él mismo; entrega sus sentidos que se hacen unos con el alma.

Un suceso al que se le ha llamado contemplación y olvido de todo cuidado".[8] Es decir, el don divino que es la belleza —don de la madre acogido y atendido luego por la criatura— es un don paradójicamente no poseíble: existe mientras circula, mientras invita a la relación contemplativa y felicitaria. Marilyn Monroe fue un buen ejemplo de ello.

La belleza se contempla en el espejo, en relación especular. La historia de la relación entre creadora o creador y criatura la documentan los centenares de *Specula* escritos en Europa durante siglos: del *Mirouer des simples ames* de Margarita Porete, una obra clave de la mística, en el siglo XIII, al *Speculum. De l'autre femme* de Luce Irigaray, una obra clave del psicoanálisis y del feminismo en el siglo XX.

♦♦♦

La relación sin más, por el gusto de estar en relación es, históricamente, más de mujeres que de hombres. Su manifestación primera la proporciona el propio cuerpo femenino, porque es un cuerpo con capacidad de ser dos. Se trata de una capacidad recibida por azar, pero necesariamente una capacidad que ni incluye ni excluye la maternidad; pero que está ahí, disponible para que la lengua que hablamos la signifique en el tiempo.

En nuestra época, la relación sin más, la relación humana primera que el cuerpo femenino señala y, con frecuencia, acoge, no aparece en los libros de historia, libros en su mayoría inspirados en la necesidad de significar la revolución social de octubre de 1917.[9] Ni podría tampoco, en mi opinión, añadirse a ellos. No podría añadirse porque no cabe, ya que lo social no incluye ni ha incluido nunca la realidad humana entera.

Es, pues, la historia social la que tiene que transformarse, conteniéndose, reconociendo sus límites, reconociendo quizá que ha llegado a su cumplimiento, para que en la historia escrita estemos las mujeres, quepa el sentido libre de la diferencia de ser mujer en el tiempo, en nuestro tiempo: una experiencia humana original que, a fuerza de no encontrar acogida en los libros de historia, se está refugiando con cierto éxito en la novela histórica.[10]

¿Por qué en la novela histórica? Porque el relato de autora pone en juego lo singular, lo nuevo que aporta al mundo cada criatura humana que nace: lo singular que no cabe en la idea científica de historia, interesada más en reconstruir dispositivos que funcionan solos, automáticamente, que en dejarle a cada criatura significarse en libertad.[11]

Al poner en juego lo singular, singular que no se contrapone con colectivo porque es previo a lo individual, la novela histórica consigue pensar lo que se siente, pensar lo que sentimos la gente, lo que siente cada uno y, más a menudo, cada una, entre la gente: una operación —pensar, descifrándolo, lo que se siente— a la que la filósofa María Zambrano y la historiadora Frances Yates destinaron su talento y su obra. Lo hicieron dando preferencia al arte en lo que ellas aportaron a la filosofía y a la historia: arte que consistió en una relación con estas materias distintas de la hegemónica. La relación hegemónica apartaba los sentimientos del pensar, objetivando las cosas de la vida con el fin de conseguir aportar conjeturas razonables sobre la realidad. Ellas, en cambio, supieron ofrecer su yo a la experimentación que junta los sentimientos con el pensamiento en un mutuo fluir: no subjetivando, sino abriendo sus vivencias al arte de la palabra y al arte de la memoria.

Por eso, porque se ocupa de pensar lo que se ha sentido en el pasado, la novela histórica recurre siempre a fuentes históricas femeninas. Fuentes que tiene a mano, ya que las mujeres salimos en las fuentes escritas con mucha frecuencia, como salen con mucha frecuencia los hombres, tanto si las fuentes son del siglo XIII —época de esplendor en Europa de instancias de libertad femenina— como si son del XIV o del XIX —épocas de persecución de la libertad, más de la femenina que de la masculina—.

Las mujeres, en realidad, salimos mucho más en las fuentes de archivo de cualquier época que en los libros de historia escritos en el siglo XX.

Las mujeres estamos, pues, en la historia y en los libros de historia que se dan cuenta de que es el signo de la libertad femenina, significándose en el tiempo, lo que hace historia humana. Este signo se muestra en la relación, la relación sin más, por el gusto de estar en relación. Algo que no se reduce a relación social ni cabe, por tanto, en la historia social; porque es relación que no se entabla para combatir el individualismo y llegar a lo colectivo, sino para trascender ambos. Es relación que se entabla para crear y recrear lo vivo y para intentar convivir humanamente;[12] aunque, en ocasiones, muchas o pocas, no se acierte a conseguirlo. ♦

Notas

[1] Clara Jourdan, "El sentido de un tesauro como vocabulario de la política", *en: Duoda. Revista de Estudios Feministas 16*, 1999, pp. 161-171.

[2] Muy pronto, la revista se llamó *Annales d'Histoire Sociale*; desde 1994 se llama *Annales. Histoire-Science Sociale*.

[3] En el prólogo a su *Contribución a la crítica de la economía política* (1859), por ejemplo: En la producción social de su vida, los hombres entran en rela-ciones definidas que son indispensa-bles e independientes de su voluntad, relaciones de producción que corresponden a un nivel definido del desarrollo de sus fuerzas productivas materiales.

[4] Lucien Febvre. *Combates por la historia*. Traducción de F. Fernández Buey y E. Argullol, Barcelona, Ariel, 1970, pp. 39-40 (*Combats pour l'histoire*, París, Armand Colin, 1953).

[5] Lia Cigarini. *La política del desiderio*. Parma, Pratiche Editrice, 1995, y *Con un filo di pensiero*, "Via Dogana" 43 (Maggio 1999), pp. 3-4.

[6] Lucien Febvre. *Combates*. P. 39.

[7] Tertuliano. *De cultu feminarum*. I-2, en Id., *Opera*, Turnhout, Brepols, 1954 ("Corpus Christianorum, Series Latina", I-1, pp. 341-370).

[8] María Zambrano. *Claros del bosque* (1977). Barcelona, Seix Barral, 1990, p. 53.

[9] Mi madre, nacida en 1912, recuerda de su niñez en Vizcaya el grito: *¡Viva la revolución social!*

[10] Dos títulos recientes de una larga genealogía (en la que destacan Anna Banti, Marguerite Yourcenar o Mary Renault): Josefina Molina, *En el umbral de la hoguera*, Barcelona, Martínez Roca, 1999, y Laura Pariani, *La signora dei porci,* Milán, Rizzoli, 1999.

[11] Yo lo descubrí leyendo este fragmento: In coloro che l'avvicinarono, come nei fatti e idee associati al suo nome, è possibile scorgere il segno lasciato dalla sua potenza umana femminile. Tentare di leggere quei segni era la cosa piú accesibile a me ed é insieme la cosa che considero piú importante per il mio sesso: significarsi (Luisa Muraro, Guglielma e Maifreda. *Storia di un'eresia feminista*. Milán, La Tartaruga, 1985, p. 9).

[12] En el equipo de investigación del Centro Duoda (de la Universidad de Barcelona) que llamamos "Grupo Relación", la hemos denominado *prácticas de creación y recreación de la vida y la convivencia humana.*

